

IMPLICACIONES PARA UNA VIDA RELIGIOSA PROFÉTICA

Ponencia síntesis de las Jornadas

Teresa Forcades i Vila (Monasterio San Benet, Barcelona)
Daniel Izuzquiza, sj (Centro “Pueblos Unidos”. Madrid)
Javier Baeza (Parroquia San Carlos Borromeo. Madrid)

TERESA FORCADES I VILA

A mí me gustaría, para señalar que esta es la realidad del mundo en que vivimos, dejar sobre la mesa simplemente nombrándolos algunos otros temas que son también de radical importancia y urgencia hoy y que las Jornadas no dieron para tratar y quizá algunos y algunas de vosotros son exactamente los temas que trabajáis. No hablamos, en concreto, de las redes de prostitución. Sí que Carlos Taibo nos dijo que al amparo de esta desregularización internacionalizada eso está aumentando y eso lo sabemos en nuestro país. Sabemos el coste de dolor profundo y de vidas humanas que hay detrás de la prostitución que afecta a niños, niñas, y también a varones adolescentes o incluso adultos, pero sobre todo son mujeres y niñas las que están en estas redes. Dado que aquí en esta asamblea hay una mayoría de mujeres, es un tema que nos resulta también parte de este escenario mundial.

Al lado de este estaría el tema de los esclavos actuales. Hay una organización no gubernamental que quizá conocéis que se llama Free The Slaves (Salvad a los esclavos), que no habla de esclavitud “metafórica” sino de esclavitud real en nuestro mundo y calcula 27 millones de personas en una situación objetiva de esclavitud, con el agravante de que uno podría decir: “bueno, ya empezamos a hacer juegos de cifras” y ya hemos oído muchos ... si 27 millones de esclavos hoy es el máximo del número de esclavos, el número más elevado de lo que ha habido en toda la historia, eso no debe sorprendernos pues hay un dato que parece “justificarlo” (con muchas comillas) que es que la población mundial hoy es muy superior a la que teníamos, por ejemplo, en el siglo XVI o XVII. Pero entonces es importante recordad el dato que esta misma ONG nos aporta que es que el precio de un esclavo hoy en día es equivalente a 100 dólares mientras que el precio del mismo esclavo en el siglo XVI y XVII, es decir, en el pico máximo de lo que llamamos la era y la vergüenza de la esclavitud era el equivalente actual de 10.000 dólares. Y podemos unir a esto, otro tema que sólo podemos dejar sobre la mesa que es el del tráfico de órganos, otra de estas realidades actuales que forman parte de este complejo mundo, de la realidad escalofriante que nos envuelve.

Este dato que he dado del precio del esclavo objetivo desde el XVII hasta ahora me gustaría cotejarlo con otro dato escuchado en estos días que a mí me parece que nos ayuda a centrar de una forma muy clara lo que hemos oído y a no perder nuestro norte en esa gran complejidad y centrarnos en lo que importa. Es un dato que dio el primer día Carlos Taibo: desde el año 1960 hasta ahora la proporción entre el 20% más rico del planeta y el 20% más pobre ha pasado de ser de 30 a 1 en 1960 a 80 a 1, hoy. Este es un dato terrible, aunque luego tuvimos la ponencia de José Antonio Marina que nos intentó animar un poco diciendo: “en realidad ¿progresamos o retrocedemos? No está tan claro”. Pero es importante ponerse delante ese dato que yo he recordado y quizá forma parte de lo que significa tomarse en serio lo que significa la VR en su carácter profético. Los profetas no se han caracterizado nunca por dar precisamente buenas noticias en el sentido de tranquilizar conciencias. Consistentemente, en todo el relato bíblico, ahí están *los profetas enviados a predicar lo que no les gustaría ir a predicar*. La característica del profetismo

bíblico es la de no ser precisamente los que animan las fiestas sino recordar esa realidad dolorosa y recordar “la pregunta”, algo para nosotros nada fácil. Ahí me remito a lo que decía Amaya Modrego en la Mesa de Experiencias: “sostener preguntas que no tienen respuesta”, permitirse que existan esas preguntas abiertas que son “el grito hacia el cielo”, como nos decía también el grupo Anawin que cantó ayer aquí. Ese grito hacia el cielo no es un grito que ya tiene respuesta sino que nace de la convicción de que esta realidad no puede tener la última palabra pero sin una respuesta en el sentido siguiente: Ante la pregunta “¿vamos a mejor en el mundo?”, parece muy duro desde una propuesta evangélica, presentarse diciendo que no, no vamos a mejor. Pero con esos datos que hemos dicho, parece que realmente no vamos a mejor. Esta pregunta es una pregunta incómoda. Y su respuesta también es incómoda. Es necesario sostenerse ahí.

Dejando estas preguntas abiertas sobre la mesa me parecía también interesante resaltar otra característica del profetismo bíblico que en estos días no ha salido pero que puede formar parte de la experiencia de los que estamos aquí. Es la de *la lucha con Dios*. Eso no hemos tenido ocasión de tratarlo en estas jornadas, pero cuando aplicamos esta realidad difícil y dolorosa del mundo a la Vida Religiosa profética nos encontramos con ella. Esta mañana hemos leído en la Eucaristía un texto del libro de Jonás y nos hemos saltado un buen trozo. En lo que hemos leído esta mañana parece que Dios envía a Jonás y este acepta sin ninguna dificultad. Pero no, sabemos que no fue así en la realidad. Además hay un juego de palabras hebreo donde Dios le dice “baja” y él sube o le dice “sube” y él baja, o sea, que en el mismo lenguaje de ese texto se marca esa dificultad de aceptar la llamada profética de Dios. Esto no es solamente propio de Jonás. Esto lo vemos como una constante de los profetas. Profeta no es el que quiere serlo. No es aquél que dice: “Pues mira, Dios, ¿sabes qué? yo voy a ser profeta en este ramo” y Dios dice: “Ah, pues muy bien, te apunto”, como si eso fuera una cuestión de inscribirse en algún sitio. Normalmente, y así nos lo cuenta el relato bíblico incluso en el caso de Jesús, parece que Dios envía a la misión profética de una forma que siempre nos viene un poco a contrapelo. Es decir, que nos sorprende. Incluso, esa es una característica que distingue al verdadero profeta bíblico. En la Biblia se distinguen los verdaderos de los falsos profetas. Y una de las características que marca al verdadero parece ser esa lucha con Dios, ese no ver clara la misión, ese decir: “Pero cómo puede ser eso lo que me pidas. Todo menos eso”. Entonces, en ese mismo luchar con Dios, se despliega una dinámica que nos sitúa en una especie de frontera, en una manera de estar en el mundo en la que ya no se trata de explicar a los otros cómo vivir la esperanza sino que uno/a mismo/a está en ubicada en el mundo de un modo en el que la contradicción se vive en la propia carne.

Este puede ser un punto muy importante reflejado no sólo en esas pocas personas que, a lo largo de la historia de la salvación, Dios ha dado en llamar “profetas” sino que esta lucha con Dios está en el corazón mismo de la fundación del Pueblo de Dios. Estoy remitiéndome ahora al episodio de Jacob luchando con el ángel. Ese Jacob que va a recibir un nombre nuevo, que se va a llamar Israel pero sólo después de la lucha con el ángel. Y sólo después de la lucha con el ángel y de quedar con heridas de guerra, con esa pierna que irá arrastrando toda su vida, recibe la bendición.

Esto lo relaciono con otro de los puntos que también ha salido esta mañana en la Mesa de Experiencias cuando nos han hablado de la necesidad de “hablar desde nuestra verdad”. A mí me gustaría dejarlo como el punto más importante de lo que desearía compartir ahora. ¿Qué quiero decir con esto de *hablar de la propia verdad*? La propia verdad no como algo que yo ya sé, es decir, que yo soy monja o soy religioso y mi verdad es que tengo esperanza y que tengo alegría y veo las cosas en positivo. Podemos pensar que esa es nuestra verdad porque si soy monja, eso tiene que ser así...Pues a veces sí, y a veces no tanto. Mi verdad no es aquello que “debería ser”. Mi verdad es “lo que es”. Y esto hasta que no me paro y no entro en mí y no me pongo a ello, yo no lo sé. Quizá lo sabe todo el mundo menos yo, porque quizá hace dos semanas que voy sacando rayos y truenos sin darme cuenta pero yo puedo vivir con esa conciencia de ser una persona que va expandiendo la felicidad del Reino por donde pasa, cuando yo lo que tengo son una serie de contradicciones

internas que resolver que afectan directamente mi capacidad profética y evangélica. Hemos de fiarnos siempre de que la fuerza profética es únicamente la del Espíritu de Dios, y esa fuerza y esa capacidad ya nos la ha dado no sólo a los y las que estamos aquí sino a todo el mundo. Pero nosotros podemos bloquear esa fuerza y esa es normalmente la dinámica que nos lleva a vivir en la vida a medio gas, bloquear esa fuerza de Dios en nosotros. Y además, yo diría, que no se trata de decir: “A ver si hoy he bloqueado o no la fuerza de Dios en mí”, es que seguro que la has bloqueado, por definición, a no ser que seamos santas o santos. Pero ni siquiera la dinámica de un santo o una santa es la de no pecar, la de no bloquear nunca la fuerza de Dios en ellos/as, sino que es más bien la flexibilidad para reconocer cuando ese bloqueo se ha dado y para poner otra vez en manos de Dios la propia debilidad para que se convierta, como diría San Pablo, en esa fuerza que es la única fecunda en el mundo. Entonces ¿cómo sabemos si estamos luchando suficientemente con Dios o no?

Lo primero es preguntarnos: ¿Luchamos o no? Eso cada uno lo sabe. No es decir: “Sí, yo hace 20 años un día le dije a Dios una cosa”. Es verdad que en la vocación hay momentos especiales en los que se recuerda una lucha especialmente intensa pero quizá, a lo largo de los años parece que eso ya es cosa del pasado, que nuestra relación con Dios ya es otra cosa. Pero, aunque esto debería matizarse mucho más y no tengo tiempo, este elemento de dejar a Dios que me sorprenda, que me exija (siempre desde la ternura infinita con que nos trata) pero que me lleve allá donde yo no querría ir, con el texto evangélico y bíblico en la mano, parece que no es cosa de un día. A María le paso desde el día uno hasta el día de su muerte. A Jesús mismo le pasó hasta el día de su muerte. Es esa agonía que no es un problema de novicio, lo que le pasa a Jesús en Getsemaní: “¿qué hace sudando sangre? ¿pero cómo es que aún habla de “tu voluntad” y “la mía”? ¡Qué poco iluminado este Jesús!” Esto me dijeron unos amigos budistas en Estados Unidos: “lo que no puede ser es que los cristianos tengáis como Dios a uno que el día antes de su muerte aún está sin iluminarse. Los maestros del budismo se iluminan y ya está. Viven ahí en esa especie de paz que no les deja sudar sangre por si me matan o no me matan”. Ahí tenemos una espiritualidad en nuestra tradición cristiana que parece que nos deja en ridículo en un cierto sentido pero que nos permite un enraizamiento en lo real, como nos hablaba también Isidre Ferreté en la Mesa de Experiencias.

Y, finalmente, voy a decir *cuatro características* que me parece que nos pueden ayudar. La primera es el contraste comunitario. Vivimos todos, como personas religiosas, en comunidad. Ese diálogo yo no sé cómo funciona en la comunidad de cada una y cada uno pero es la fuente más directa y más verdadera de contraste de dónde estoy en este camino hacia Dios. Pero luego me gustaría dejar otro cuatro puntos que son expresión de que esa lucha con Dios la estoy llevando a cabo o si me dedico a asumir que mi tarea religiosa o profética me venga de lo que hice hace veinte años, treinta o cuatro o cinco. Porque esto de ser profetas, como vengo diciendo, no es para cuatro. Somos un pueblo, y lo diré en femenino, de personas sacerdotisas, profetisas y reinas. ¿Qué es eso? Además en femenino suena fatal. Parece que uno ya está viendo ritos paganos por todas partes... solamente pasando del masculino al femenino parece que el horizonte haya quedado paganizado. Este no es nuestro tema de hoy pero también es interesante... Sacerdotisas, profetisas y reinas, cada uno/a de nosotros/as.

Quiero resaltar el elemento personal. Eso lo somos llamados como pueblo pero esa llamada como pueblo se concreta en la experiencia de cada una con este Dios que no es solamente el que me consuela (claro que lo es ¿quién más nos consuela sino Dios?) sino que es el que me reta, también. En ese sentido de soledad del profeta... ¿estamos dispuestas, sabemos qué es eso de la soledad del profeta o de la profetisa? ¿Qué quiere decir esa soledad en una comunidad? ¿Que no vamos siempre con el proyecto comunitario? Cuando lleguemos al Juicio Final nos van a decir: “Oye, y tú ¿qué?”. Y no vale decir: “No es que mi abadesa me dijo...” Yo no sé si me lo dejarán decir, voy a probar, por si acaso, pero seguramente me dirán: “no, no, tú déjate de tu abadesa dime tú ¿qué? ¿Tú has

dado ese vaso de agua? (lo que eso significaba en tu trayectoria personal) ¿Tú has hecho? ¿Tú has dejado de hacer?”

Entonces, estas cuatro características de las que hablaba serían:

- En primer lugar, **el agradecimiento**: ese agradecimiento que no es un agradecimiento de grandes vuelos, ni de místicas elevadas sino que se refleja en el modo en que me levanto cada mañana. ¿Yo me levanto cada mañana con el gozo del día nuevo que voy a vivir? ¿Yo me levanto cada mañana con un “gracias” en los labios a Dios por la vida? ¿Yo creo que esta vida merece la pena? Y, recordemos, he empezado por lo de Taibo, de 30 a 1 hemos pasado a de 80 a 1 y el precio de los esclavos, de 10000 dólares a 100 dólares. ¿Yo doy gracias por el mundo en el que esto ocurre? Y sin olvidar que esto ocurre ¿puedo dar gracias desde mi experiencia de lo que significa que Dios esté desde lo hondo comprometido con este mundo? ¿Cuál es mi grado, por así decir, de alegría matutina? Es un criterio muy simple pero es poner un poco los pies en el suelo de lo que puede significar para cada uno/a personalmente lo que puede significar ser profeta en el mundo.
- El segundo rasgo sería **la incondicionalidad**: esto implica que efectivamente yo hago y hago todo lo que puedo pero ¿es el éxito de lo que hago el criterio que me anima? Porque resulta que el Evangelio nos dice: “unos son los que siembran, otros son los que recogen”. Cuando decimos esto, no sólo queremos decir que nosotros hemos de sembrar sin la expectativa de ver el fruto de lo que sembramos. Cuando decimos esto, no podemos olvidar algo importante: yo estoy cogiendo los frutos de lo que otros han sembrado, de lo que muchísimos otros han sembrado. Por tanto, ya de entrada, cuando yo siembro yo ya tengo más de lo que tendría si me limitara a recoger sólo el fruto de “lo mío”.
- El tercer elemento es fundamental y es la **libertad de espíritu**, como fruto de esta lucha con Dios. ¿He luchado suficiente? ¿Estoy luchando suficientemente con Dios? Para responder a eso podemos preguntarnos, también, ¿cómo estoy de libertad de espíritu? Y la frase que he recogido para ilustrar esto es de Isabel Olazagoitia en la Mesa de Experiencias cuando decía: “Ante la urgencia, la respuesta. Presentarse sin saber casi lo que hacía con la bronca que vino después”. Lo relaciono con una frase que a mí me gusta y que dice: “Es mejor pedir perdón que pedir permiso”. Esto puede parecer pequeñito pero a veces es lo que puede significar en la práctica esa libertad de espíritu. Tú no vas a ofender a nadie pero resulta que tienes una serie de circunstancias en la vida y que no puedes ir siempre preguntando lo que se tiene que hacer, tú tienes que responder. Personal y comunitariamente hemos de hablar de esa palabra griega que es la “parresía”, que dice San Pablo, que es esa capacidad de hablar con la libertad de espíritu tanto si es oportuno como si no es oportuno.
- Y la última característica que había puesto es ver cómo vamos de **buen humor**. Ese buen humor que puede ser otra palabra para la humildad. De hecho, la anécdota sería la de Juan XXIII que dicen que, siendo ya Papa, cada noche cuando se iba a acostar decía: “Bueno, Señor, ahora te lo dejo a ti. Esto es tuyo, yo me voy a descansar”.

La trama y los hilos del contexto mundial Implicaciones para una vida religiosa profética

Daniel Izuzquiza, SJ

¿Hay alguien más revolucionario que San Juan de la Cruz? (X. Pikaza)

Como somos tres personas distintas, con tres sensibilidades distintas, con trayectorias distintas, en este compartir van a salir tres cosas diferentes. Seguramente tres géneros

literarios distintos. Yo quiero hablar de un talante, una imagen, seis personajes y luego apuntaré un tema que quizá podemos profundizar en otro momento.

A. Un talante: el carácter místico-profético de la vida religiosa

Cuando se nos pregunta sobre las implicaciones para una VR profética de todo lo que hemos escuchado, yo subrayo el carácter indisolublemente **místico-profético**. Precisamente por la complejidad del mundo y por la profundidad de los retos a los que estamos enfrentados me parece que no tendría ningún sentido y que incluso podría ser hasta suicida, lanzarse a una aventura pseudo-profética superficial que no quedase injertada en la matriz mística que da sentido a nuestras vidas.

Nuestras jornadas se titulan: La trama y los hilos de un nuevo escenario mundial. El dibujo que ilustra este título es una especie de marioneta: hay unos hilos en el escenario mundial que no se sabe muy bien quién los mueve. La pregunta que yo me hago es si somos marionetas, espectadores de todo lo que hemos escuchado o visto, o si nos atrevemos a ser actores en este mundo. No es lo mismo. Incluso yo doy un pasito más y me pregunto si estamos siendo autores del texto teatral que se representa en este gran teatro del mundo. Porque podemos verlo como espectadores, de una manera pasiva, contemplativa en el peor sentido de la palabra, pero estar llamados a ser actores de esta realidad y, más aún, autores, creadores, es un reto más profundo y más importante.

Y por tanto, la llamada a combinar lo místico y lo profético, lo contemplativo y lo activo es una llamada nuclear a la que tenemos que ser fieles sin queremos ser quienes somos. Como dice Serigne Mbaye uno de los chavales que vive en casa, que es un comerciante minorista del ámbito de la industria discográfica (lo que normalmente se llama un “top manta”), con tres causas pendientes, dos órdenes de expulsión y una situación muy complicada, en conversaciones en la mesa él dice: “Sólo nos quedan dos cosas: luchar y rezar”. Esto es lo místico-profético.

B. Una imagen: los juncos

Raíces hondas	experiencia mística	ver	<i>Confessio trinitatis</i>	in-vocación
Tallos flexibles	pensamiento complejo	juzgar	<i>[Intellectus amoris]</i>	pro-vocación
Frutos nutritivos	praxis solidaria	actuar	<i>Servitium caritatis</i>	e-vocación
Flores sorprendentes	gratuidad expresiva	celebrar	<i>Signum fraternitatis</i>	con-vocación

El junco es una estructura flexible, que permite que el viento lo mueva y se adapta a las distintas situaciones de la realidad. Y eso lo puede hacer porque tiene raíces. El junco es una planta de raíces profundas. El profeta ha de tener raíces. Los religiosos y religiosas estamos llamados a vivir enraizados en Jesucristo¹. Sólo enraizados en Jesucristo podemos construir una alternativa radical (de raíces). Con raíces hondas se pueden conseguir tallos flexibles y esto de los tallos flexibles lo relaciono con el pensamiento complejo pero sobre todo con estructuras comunitarias que quizá han de ser cambiantes. También ahí la flexibilidad. Además, los juncos tienen frutos e incluso flores, sorprendentes, algunas muy bonitas. Todo lo que tiene que ver con la praxis solidaria y con la gratuidad mas excesiva tiene que ver con esto.

C. Seis personajes en busca de autor (L. Pirandello)

En estos días, he ido tomando nota de las cosas que me han llamado la atención y luego, desde ahí, he buscado seis personajes en busca de autor, siguiendo el título de la obra

¹ Daniel IZUZQUIZA, SJ, *Enraizados en Jesucristo. Ensayo de eclesiología radical*, Sal Terrae, Santander 2008.

de Luigi Piradello. Vuelvo a lo de antes: hay personajes que están esperando ponerse en marcha, no sólo buscan actores sino autores. Yo he seleccionado seis: Isaías, Habacuc, Nahúm, Oseas, Amós y Jeremías. Estos personajes están en busca de autor, están esperando a que cada una de nosotras lo vivamos, lo recreemos, que pongamos en marcha nuestra creatividad, que pongamos en marcha nuestra pasión, que encarnemos el vigor profético. He seleccionado a estos profetas engarzando con alguno de los asuntos que ha salido en estos días.

El primero es **Isaías (o la fe radical)**: me apoyo en el texto aquel de “Si no creéis, no subsistiréis” (Is 7, 9). Mi profesora de la asignatura de Profetas fue Dolores Aleixandre y ella lo explicaba muy bien. Hay en el texto un juego de palabra que ilustra lo que es atreverse a confiar. Ella lo explica como si se tratase de cruzar un río o un lago y te dijeran que para cruzarlo tienes que apoyarte en una piedra que te dicen que está ahí pero que tú no ves. Tienes que confiar en que hay una piedra, dar un salto y apoyarte en ella para poder cruzar el río. Si no te lo crees, no cruzas el río. “Si no creéis, no subsistiréis”. Esta es la fe radical, la confianza honda. También he seleccionado a Isaías, porque bajo este nombre lo que hay es una comunidad profética extendida en el tiempo. La fe radical tiene una dimensión estrictamente personal pero es una fe que se construye comunitariamente, y quizá en estos tiempos que son especialmente recios y rigurosos, esto es más importante. Y por tanto, es una comunidad alternativa, o una comunidad alterada, y la alternativa engancha directamente con el bautismo, que significa nacer de nuevo, nacer de lo otro, nacer de otra manera: alter-nativa. O sea, que es la entraña misma de ser cristiano, que nos constituye en una comunidad alternativa.

Otro personaje es **Habacuc (o la esperanza)**: En medio de todo esto que hemos escuchado en estos días ha habido sus desesperanzas. Recordáis que Carlos Taibo en su ponencia, en un momento determinado, aludió a Obama y dijo: “Cada uno es libre de poner la esperanza donde quiera”. ¿Dónde ponemos nuestra esperanza? ¿En el análisis que tenemos, en las perspectivas de éxito, en líderes más o menos efímeros o poderosos? Y ahí resuena Habacuc. “Aunque la higuera no echa yemas, aunque los campos no dan trigo, aunque la cosa parece ser un desastre...yo festejaré al Señor mi Dios que me da fuerzas y piernas de gacela y me hace caminar por los montes” (Hab 3, 17). La esperanza en medio de la desesperanza.

Tercero. **Nahúm (o la indignación)**. La indignación ha salido en estos días varias veces. Lo más contundente me ha parecido lo que decía Rafael Lara en el seminario sobre Migraciones al hablar de las políticas de fronteras (“que si quieren salir, que no salgan de sus países; que si alguno consigue salir que les impidamos entrar y que si alguno entra lo expulsemos”). Lo que brota espontáneamente es la indignación. También ha aparecido explícitamente en la Mesa de Experiencias. Nahúm es un profeta indignado y eso le lleva a decir palabras fuertes: “¡Ay de la ciudad sanguinaria!” (Nah 3). Y entonces empieza a enfrentarse directamente.

Oseas (o la compasión) José Antonio Marina, el primer día, hizo una alusión también al cambio que supone el gran tiempo de los profetas, el giro axial que se suele decir en la historia de las religiones, como la irrupción de la bondad de Dios frente al poder, lo religioso y lo de Dios no como el Todopoderosos sino como el Todomisericordioso o el Todocompasivo. Por eso, cito también a Oseas que es un profeta entrañable.

Hasta aquí llevamos cuatro personajes: el primero, Isaías, representa lo que es nuclear, la fe radical en la que nos enraizamos; el segundo bloque de Habacuc, Nahúm y Oseas recogen cosas de las que aquí se han dicho y que me parecían importantes para destacar; y los dos siguientes apuntan a dos aspectos que no han salido tan directamente.

Primero, **Amós (o el conflicto)**. Yo tengo la impresión de que en la VR no nos movemos demasiado bien con los conflictos, no sabemos muy bien como gestionarlos, como resolverlos, tanto los conflictos más íntimos y personales, los conflictos comunitarios y ya si hablamos de conflicto en el ámbito social o en el ámbito político pues no sabemos muy bien qué hacer. Hay una realidad que es conflictiva y tenemos que dedicar tiempo a trabajar, a resolver o a transformar los conflictos. Amós es un profeta que encara directamente los conflictos. Recordemos toda esa diatriba contra las “vacas de Basán”, es decir, contra las señoronas ricas y opulentas de los terratenientes de esa zona. A él que es un profeta campesino, esto le lleva al conflicto.

Y por último, **Jeremías o las acciones simbólicas**. Ha salido en algún otro momento esto de las acciones significativas. Yo tengo la impresión de que aquí hay una línea o una hebra de la que convendría tirar un poco más de una manera creativa, que es la clave de las acciones simbólicas y públicas. He seleccionado alguna de Jeremías: Jer 13 (cinturón de lino), Jer 16 (no te cases, no banquetees), Jer 18 (taller alfarero), Jer 19 (jarra de loza)... pero está también la de Isaías: “Tú vete desnudo por la ciudad... y cuando te pregunten, tú ya les dices” Es una acción que llama la atención y pide una explicación. Y entonces, no son acciones que van a transformar en sí mismo todo pero que introducen un germen de novedad. ¿No deberíamos echarle imaginación a esto? A lo mejor hay algo de lo que nosotros podemos ir encarnando que tiene que ver con esto, con acciones creativas, acciones imaginativas, acciones simbólicas... Pienso, por ejemplo, en el Movimiento Santuario. En Estados Unidos, desde los años 80 con la crisis de refugiados centroamericanos, fruto muy directo de la política exterior norteamericana en Centroamérica, en el Salvador, Nicaragua... hubo un grupo de iglesias, al principio muy poquitas, que reivindicaron la tradición clásica de la iglesia como un santuario, como un lugar sagrado, para ofrecer lugar de espacio y acogida a quienes eran perseguidos, violando directamente las leyes migratorias². A mitad de los años 80 varias docenas de líderes religiosos (pastores, sacerdotes, religiosas, rabinos...) fueron llevados a juicio, encausados, condenados por esto. Yo me pregunto si en estos tiempos en los que la Ley de Extranjería se va a endurecer no vamos a tener que dar pasos en esta dirección³. Y ahí hay toda una tradición de la no violencia activa que quizá merece la pena que no la dejemos oxidada o reducida a palabras piadosas cuando en un momento determinado hay que echar mano de Gandhi o Martin Luther King sino encarnarla, vivirla y recrearla... como los personajes en busca de autor.

D. Un tema a profundizar: el decrecimiento

Si yo tuviera que retomar un tema de los que han salido en estas Jornadas e hincarle el diente, sería el tema del decrecimiento. Recordáis que la conclusión de la charla de Carlos Taibo a la hora de plantear alternativas criticó el paradigma del crecimiento económico e insinuó la vía del decrecimiento. En ese momento, su charla se centraba en el crecimiento o decrecimiento económico, sabiendo que eso tiene que ver con los engranajes de otros ámbitos. El tema del decrecimiento, es nuclear en la teología cristiana y tiene un nombre griego que es la “kenosis”. Habría que explorar cuál es la potencialidad teológica y, por tanto, fundante de nuestras vidas de la kenosis, del abajamiento, del despojo, del decrecimiento en nuestra vida como cristianos y como consagrados. Y esto, en el ámbito estrictamente personal, en nuestra espiritualidad personal pero (quizá más interesante en este momento histórico en el que estamos)

² Entre 1982 y 1992, el "Movimiento Santuario" unió a cientos de congregaciones religiosas en un esfuerzo para escudar de las autoridades migratorias a miles de refugiados centroamericanos que huyeron de las guerras civiles en sus países.

³ En febrero de 2009 (con posterioridad a las Jornadas de la CONFER, por tanto) un grupo de ciudadanos hemos constituido la Plataforma “Salvemos la hospitalidad” ante la reforma de la Ley de Extranjería, que implica de hecho la criminalización de la solidaridad con las personas migrantes en situación irregular.

también en el ámbito comunitario e institucional: qué significa que nosotros decrecemos, no numéricamente, no en actos de poder, de números... sino qué significa teologalmente, dónde nos sitúa, a qué dinámicas nos aboca, cómo nos constituye... Nosotros los jesuitas hablamos de la Mínima Compañía, los franciscanos hablan de la minoridad... y en las otras familias religiosas seguro que cada uno puede encontrar esto. ¿Es esto así o es una cosa devota para leer en el noviciado? ¿Nos constituye la kénosis? Hace tiempo escribí un texto cuyo título me cambiaron (yo lo titulaba así, “La kénosis revolucionaria” y quizá esto no lo iba a entender nadie) y se acabó titulando “El descenso revolucionario. La revolución desde abajo”⁴. La kénosis es un movimiento radicalmente revolucionario. Lo que no sé es si estamos dispuestos a vivirlo personalmente, comunitariamente, institucionalmente, congregacionalmente, eclesialmente. Y esto que tiene un nivel teológico, tiene por definición un despliegue o unas implicaciones en el ámbito económico, en el ámbito político, en el ámbito cultural.

Como ha salido bastante en estas jornadas el tema de lo político y yo tengo la impresión de que no nos manejamos muy bien en estos ámbitos, me atrevo a hacer una consideración sobre el tema del poder, haciendo referencia a lo que desarrollo en un artículo sobre el poder y la compasión que he publicado recientemente⁵. Yo creo que la clave está en no ver el poder como una cosa o como un sustantivo (uno “tiene poder” o deja de tenerlo) sino verlo como un verbo. Implica situarse, entonces, activamente, retomando de nuevo la idea de los personajes en busca de autor: “podemos” hacer cosas, “podemos” vivir de otra manera, “podemos” soñar otro mundo, “podemos” tener relaciones inclusivas. Tenemos poder. El tema del empoderamiento es importante.

JAVIER BAEZA (San Carlos Borromeo, Madrid)

Yo voy a hacer unos apuntes de qué me ha surgido tanto en lo dicho como en lo no dicho en estas Jornadas. En primer lugar, me han surgido un montón de preguntas. Y la primera es que no acabo de entender muy bien por qué continuamente utilizáis el concepto de “vida religiosa” para referiros a vosotras y a vosotros. Por que, digo yo: y los demás ¿qué vida llevamos? ¿Qué significa una fraternidad de hermanas y hermanos creyentes si no es también “vida religiosa”? ¿No habrá ahí una cierta apropiación?

El primer día nos hablaba Carlos Taibo de esa globalización capitalista y quizá nos puso un poco los pelos de punta. A mí me surgían muchas preguntas pero no hubo más tiempo para el debate. Sobre todo me surgía la sensación de que esto de la crisis económica vamos a ponerlo un poco entre paréntesis. No digo que podamos frivolizar con ella porque me temo que va ser muy larga y muy dura, pues en 2009 una gran parte de los parados tienen derecho al subsidio de desempleo pero ya veremos que pasa en Febrero de 2010. Lo que digo es que nos hemos de cuestionar que en esta crisis hay unos, los ricos, que no han entrado en crisis en absoluto y que son precisamente a quienes se les están dando todas las ayudas. Y por la contra, están “los otros”, que tampoco han entrado en crisis porque llevan toda su vida en crisis. Mi pregunta es algunos creyentes quizá nos empieza a preocupar el tema de la crisis porque no estamos donde deberíamos de estar, en el lugar de los últimos. Quizá porque como creyentes estábamos más cercanos de las clases medias, bienpensantes, del estado de bienestar que efectivamente ahora tienen (y tenemos) el peligro de caer al fango. Igual que Taibo insistió mucho en que la globalización es capitalista, creo que tenemos que preguntarnos también: la crisis actual, ¿por qué nos preocupa? A lo mejor este momento de crisis, en la lectura positiva que muchos nos están animando afortunadamente a hacer, nos tiene que llevar a cuestionarnos en nuestras fraternidades, en nuestras parroquias, en nuestra comunidades, en

⁴ Daniel IZUZQUIZA, SJ, *Revolución desde abajo, descenso revolucionario. La política espiritual de Dorothy Day*, Cristianismo y Justicia, Barcelona 2005.

⁵ Cf. Daniel IZUZQUIZA, SJ, “¿Sí, se puede? Los poderes dominantes y la práctica de la compasión”: *Crítica* 958 (diciembre 2008) 44-49.

nuestra vida individual y personal si nos preocupa la crisis porque no estábamos viviendo la realidad de los más pobres, porque esos no tienen crisis, llevan en crisis toda su vida.

Otro elemento que reitero y que hoy ha salido también en la mesa de experiencias es que es diferente hablar de la crisis de personas empobrecidas que hablar de una globalización que empobrece, que parece que es una mano negra, sin ningún responsable que está amargando la existencia a muchos. Y yo creo que el mal también hay que nominarlo y los demonios son más fácilmente compatibles y, a veces, pierden su entidad demoniaca cuando les ponemos rostro. Y es más posible luchar contra el mal cuando le ponemos imagen, logotipo o nombre. A mí me parece que en nuestro compromiso tenemos que tender más por ahí: ver qué o quién está empobreciendo a esa mayoría humana.

Hemos hablado también del decrecimiento, una palabra que está en todos los manuales de economía solidaria y en todas las páginas de Internet sobre este tema. Como también se ha dicho, el decrecimiento no solamente es un acto voluntario y transformador al que sabiamente ahora se nos invita sino una clave evangélica absolutamente irrenunciable: a nosotros, del decrecimiento nos hablaba ya el relato del óbolo de la viuda (acto de mayor decrecimiento me parece que es difícil de reconocer) o esos sistemas de decrecimiento a los que ya apuntaba la parábola del grano de mostaza. Creo que tenemos que recuperar esa clave evangélica. Y me parece que es necesario recuperarla porque me parece que a veces tenemos la tentación de crecer (no de “decrecer”), de hacernos grandes, para mayor servicio y yo creo que ese es un tremendo error. Me parece que los creyentes, y desde luego los creyentes cristianos, tenemos una imagen fundamental, y es que nuestro anuncio de la Buena Noticia principalmente tiene que pasar por lo pequeño, aunque no lleguemos o aunque lleguemos menos. Yo creo que eso es una clave que a mí me resulta interesante para recuperar o repensar.

Otro elemento que a mí me pareció muy lúcido es lo que apuntaba José Antonio Marina a que hemos de colaborar con toda institución que trabaje por el avance ético de la sociedad. Creo que ahí, la Iglesia y los creyentes, nos jugamos un montón. Esas demonizaciones que se hacen de nuestro mundo, de las nuevas generaciones de jóvenes son, en primer lugar, injustas porque no responden a la realidad y, en segundo lugar, absurdas porque no nos lleva a ningún lado. Creo que nos tenemos que acostumbrar a colaborar con otros desde otras claves diferentes. Esta mañana también nos lo decía Isidro Ferreté cuando nos hablaba de la Liga Comunista. Esto siempre es conflictivo. A San Carlos Borromeo se ha vinculado últimamente la Asamblea Anticapitalista. Ahí hay de todo. Curiosamente, las razones por las que nos pidieron reunirse en San Carlos es porque, en esta izquierda hundida que tenemos, tan hundida, el mayor problema es que no se fían unos de otros y decían: “Por lo menos todos convenimos en que San Carlos es un lugar que no nos crea sospecha”. Es necesario, por tanto, evitar estas demonizaciones y colaborar con las iniciativas de transformación social, estar presentes, sentir que la Iglesia esta presente como mediadora y no conquistadora.